Master Negative Storage Number

OCI00044.12

Biografía del general don Juan Prim

Madrid

[1893?]

Reel: 44 Title: 12

(TRES PLIEGOS.)



BIOGRAFÍA

DEL GENERAL

DON JUAN PRIM

CONDE DE REUS Y MARQUÉS DE LOS CASTILLEJOS

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.


ES PROPIEDAD

BIOGRAFÍA

DE

DON JUAN PRIM.

PRIMERA ÉPOCA.

Nacimiento del teniente general don Juan Prim.—Su entrada en la carrera de las armas y sus principales hechos militares durante la guerra civil.

Los altos hechos y distinguidas acciones deben ser conocidos de todos los ciudadanos que formen la sociedad á que pertenecen los eminentes varones que las hayan ejecutado, ya para que les sirva de estímulo y ejemplo para las altas empresas, ya para que respeten y ensalcen á los afortunados, cuyos relevantes méritos y servicios á la pátria merecen ocupar un lugar en el templo de la fama al lado de los héroes: la historia concienzuda, que desmenuza los hechos de los ilustres personajes á quien deben los pueblos su tranquilidad y bienestar, su ilustracion y libertades, no puede estar al alcance de todos los individuos de la sociedad, porque no todos se hallan en disposicion de comprar una obra, por barata que sea, ni todos pueden apreciar debidamente los beneficios ó daños que causan á las naciones la conducta y los hechos de los hombres que, durante su vida, son llamados á figurar en primera línea al frente de la sociedad á que pertenecen. En este concepto, y para que se halle al alcance de las personas mas humildes, se escribe esta biografía, dejando á los filósofos é historiadores la científica tarea de esplanar con detencion y hacer las oportunas reflexiones acerca de la vida política y militar del excelentísimo señor don Juan Prim, cuyos distinguidos méritos y servicios nos proponemos estampar en estas sucintas páginas.

El 12 de Diciembre de 1814 nació en Reus, provincia de Tarragona, el entendido y esforzado militar don Juan Prim, hijo legítimo del teniente coronel de infantería don Pablo Prim, y doña Teresa Prats, quienes se esmeraron en proporcionarle una finísima educacion, que unida á sus relevantes cualidades, forman de él un conjunto que le hace reunir á un mismo tiempo las ventajosas condiciones del esforzado guerrero, del entendido político y del eminente patricio.

A la muerte de don Fernando VII estalló en España la guerra civil, dilucidándose en ella por espacio de siete años dos trascendentales cuestiones: la cuestion dinástica y la cuestion de principios. El infante don Cárlos disputaba el trono á su sobrina doña Isabel II, personificando el aborrecido régimen del absolutismo, á cuya bandera se agruparon apresuradamente los que estaban conformes con sufrir gustosos el ignominioso yugo del esclavo, al paso que la parte mas ilustrada de la nacion se adhirió unánimamente á doña Isabel II, que ya desde la cuna personificaba el principio de libertad, que es la vida de los pueblos, y que se va desarrollando en grande escala por todos los ámbitos de la tierra, formando ya en Europa un gran núcleo, del que participarán hasta las mas apartadas regiones.

En 21 de Febrero de 1834 ingresó don Juan Prin, en calidad de voluntario, en el batallon franco de tiradores de Isabel II, hasta el 17 de Abril que tomó los cordones de cadete. Se halló con su batallon en las acciones siguientes: el 7 de Agosto del mismo año, contra el cabecilla Trinxet; en 4 de Enero de 1853, en la casa Bancells, en la que, luchando cuerpo á cuerpo con un enemigo, logró darle muerte; en 14 deMarzo, en la de San Quirce, en la que fué recomendado; el 12 de Abril, en la de Coll de Guasp, donde salió herido, por cuya razon fué ascendido á subteniente; en 2 de Agosto, en la de Viladrau, en la que ascendió á teniente; el 8 de Setiembre, en la de Junquet; el 12 de Octubre, en la de Margalt; el 14 de Noviembre, en el ataque y defensa de San Celoni; el 9 de Diciembre, en la accion de Arbucias.

El 24 de Febrero de 1836, fué recomendado nuevamente, porque, puesto á la cabeza de su compañía con una bandera en la mano, desalojó al enemigo de una ventajosa posicion, dando muerte á uno cuerpo á cuerpo; el 26 de Marzo penetró, con parte de su compañía, en Vilamajor del Vallés, sorprendiendo al enemigo que la ocupaba, en cuyo encuentro recibió un balazo en el muslo derecho; el 2 de Noviembre combatió cuerpo á cuerpo con un lancero faccioso, dándole muerte y cogiendo su caballo y armas.

En 3 de Enero de 1837, se halló en la accion del pueblo de Jorza; el 20 del mismo hizo prisionero, por sí mismo, á un aduanero carlista; el 6 de Febrero concurrió á la accion de Ametlla contra el cabecilla Alamina, y el 9 de Marzo en otra accion en el mismo punto; en 15 y 18 de Julio combatió en las acciones de San Feliu de Saserras y San Miguel de Serradell, por las que fué agraciado con la cruz de San Fernando de primera clase; el 29 del mismo mes se halló en la accion de Capsacosta, y el 29 de

Noviembre en la de Gerri y levantamiento del sitio de Puigcerdá, recibiendo sobre el campo de batalla, en premio de su distinguido mérito, el grado de capitan y la cruz de Isabel la Católica.

En 1838, infatigable el bizarro Prim, no contento con los laureles ya adquiridos, el 16 de Marzo del mismo se halló en la toma de Ripoll, y el 9 y 16 de Abril en las acciones de San Quirce, siendo herido en la última y promovido al empleo de capitan. Desde el 21 al 29 de Julio concurrió con su compañía al sitio de Solsona, y fué el primero que escaló al tambor del hospital, que defendia la guarnicion carlista, cuyo denodado arrojó le costó ser herido en el brazo izquierdo; mas no obstante, penetró en la ciudad obligando al enemigo á refugiarse al palacio episcopal: este hecho de armas le fué recompensado con el grado de comandante y la cruz de distincion concedida por aquel memorable asalto. El 5 de Noviembre volvió á ser herido, y muerto tambien su caballo, atacando y derrotando cuadruplicadas fuerzas que las que él llevaba, de las que perdió en el combate una tercera parte.

El 11 de Febrero de 1839 concurrió al sitio y toma de la Villa de Ager, y el 12, habiéndole elegido para que con tres compañías de su batallon asaltase un reducto, lo verificó con tal arrojo y maestría á la vista de todo el ejército, que fué recompensado sobre el mismo campo con el empleo de mayor comandante. En esta época era ya reputado Prim, á pesar de su corta edad, como un militar valiente y entendido, mereciendo las mayores deferencias de los generales á cuyas órdenes marchaba, y el aprecio y simpatías de todos sus compañeros de armas. El 12 de Abril del referido año de 1839, tuvo el honor el jóven comandante de que se le confiase la vanguardia del ejército que marchaba en direccion de Biosca; pero antes de llegar á dicho punto, fue atacado por considerables fuerzas que apenas hubiera podido resistir ni volver la espalda, si, sediento de un glorioso renombre, no hubiera hecho un esfuerzo desesperado y heróico, que, como otras veces, causó la admiracion de todo el ejército; vuelve con faz serena la vista hácia la pequeña fuerza de caballería que llevaba, les arenga con entusiasmo y hace que la sangre, ardiendo, de aquellos valientes no mire ni el número ni la ventajosa posicion del enemigo á quien carga, á la cabeza de los mas bravos, acuchillándole hasta en las trincheras naturales que formaban sus posiciones, y haciéndole huir vergonzosamente. Por tan heróico hecho, se hizo de él, por el general en jefe, mencion honorífica: á los cuatro dias de esta memorable jornada, con la misma vanguardia, compuesta de cinco compañías de infantería y una mitad de caballería, cargó á triplicadas fuerzas facciosas, derrotándolas completamente, quedando el campo sembrado de cadáveres, por cuya denodada accion se le promovió al empleo de primer comandante. El dia 14 de Noviembre, mandando tambien la vanguardia, rompió ~~la línea de Peracamps~~; comisionado despues para sostener la retirada el mismo dia, lo verificó con tanta bizarría y pericia, que causó al enemigo una considerable pérdida, deteniéndole constantemente en sus reiterados ataques y cargas, no sin haber sido herido por sexta vez en la paletilla izquierda, que le atravesó una bala de fusil,

pero sin obligarle este desgraciado incidente á abandonar el combate hasta su conclusion: á pesar de esta herida, el comandante Prim, volvió al siguiente dia á cubrir la retaguardia del ejército, conteniendo al enemigo en sus ataques, y siendo herido por sétima vez de otra bala de fusil: por estas dos acciones se le dió el grado de coronel y la segunda cruz de San Fernando de primera clase.

El dia 1.° y el 4 de Febrero de 1840 volvió á atacar el ejército en los campos de Peracamps, y nuestro jóven Prim, á quien justamente se le consideraba como uno de los jefes mas bizarros y entendidos, se le confiaron lospuntos mas peligrosos y difíciles, que sostuvo con el denuedo y pericia que tan acreditados tenia; pero desgraciadamente tambien fué herido, y muerto su caballo, en la última jornada, siendo recompensado por esta accion con el empleo de teniente coronel mayor. Por esta sucinta relacion se ve que don Juan Prim, al concluir la campaña de los siete años, tenia veinticinco de edad y se hallaba de teniente coronel mayor graduado de coronel, cuyos ascensos le habian costado cien combates y derramar su sangre ocho veces, por cuya razon no se podrá atribuir á favoritismo los ascensos que alcanzó el bizarro catalan á precio de cien hechos distinguidos y ocho gloriosas heridas recibidas en los campos de batalla.

Así concluyó nuestro héroe la guerra civil, fecundísimo principio de nuevas glorias para nuestro valiente, y sangriento ensayo que inauguraba su porvenir hasta encumbrarle á los primeros puestos del Estado en justa recompensa de sus altos hechos y de sus reconocidos conocimientos. Concluida la guerra civil, que por espacio de siete años habia cubierto de luto á la infortunada España, dió principio otra guerra que aunque no de tanta sangre, ha mantenido y mantiene en una contínua agitacion á esta desgraciada cuanto magnánima nacion, digna por muchos títulos de mejor suerte: esta guerra, que aún continúa, es la de los partidos que, llamándose constitucionales, luchan y luchan por escalar el poder, sin omitir medio alguno para alcanzarlo. De esta constante pugna, que se iba sosteniendo aun durante la guerra civil, surgió el pronunciamiento de 1840, siendo causa de este suceso la ley de ayuntamientos y diputaciones que acababa de sancionar S. M. la reina madre, á disgusto del duque de la Victoria y de parte del ejército, como se desprende del manifiesto dado por aquel en el Mas de las Matas: la mayor parte de los pueblos se alzaron contra aquella ley, y por consecuencia contra el gobierno que la habia iniciado y promulgado; pero no contra la reina madre, que, segun el texto constitucional, era irresponsable.

SEGUNDA ÉPOCA.

Acontecimientos de los años 1840 y 1843, y la parte que en ellos tomó el general Prim.—Su conducta en el tiempo que fué diputado á Córtes.

El 1.° de Setiembre de 1840, se pronunció la córte, cuyo grito se trasmitió eléctricamente á la nacion entera, dando por resultado el que la reina madre abandonara la regencia que, durante la menor edad de doña Isabel II, venia ejerciendo desde la muerte de su esposo don Fernando VII. Se convocaron nuevas Córtes, y el coronel graduado don Juan Prim, elegido por la provincia de Tarragona, vino á tomar asiento en los escaños del Congreso, en los que siempre sostuvo con entereza y liberalismo los principios que habia sustentado tan bizarramente con la espada en los gloriosos campos de batalla. La marcha del gobierno del regente D. Baldomero Espartero, que habia sustituido á la de la reina doña María Cristina, no pareció acertada á la mayor parte del partido liberal, y por consecuencia, nuestro héroe, que constantemente militó en sus filas, fué uno de los diputados de la oposicion, en la que desplegó su proverbial energía y reconocido talento. En 1843 marchó á Reus, pronunciada en contra del gobierno del regente, nombrándole su presidente la junta de gobierno que se estableció en la misma. El 11 de Junio mandó la defensa de aquella plaza, que con solo los nacionales resistió heróicamente á diez batallones del ejército, 300 caballos y la correspondiente artillería.

Desde Reus pasó á Barcelona, en cuya capital fué recibido con el mayor entusiasmo, y nombrado por su junta superior gubernativa coronel brigadier, dándole el mando de las fuerzas militares existentes en dicho punto: salió en seguida para el Bruch, donde estableció su campamento, compuesto de algunos batallones del ejército, cuerpos francos y nacionales, á cuyas fuerzas se las denominó division de vanguardia. Pronunciada la nacion entera en contra del gobierno del regente, subió al poder el ministerio Lopez, aclamado por el país unánimente; dicho ministerio aprobó los empleos dados por las juntas, otorgando ademas al brigadier Prim el título de Castilla con la denominacion de conde de Reus, vizconde del Bruch (real órden de 1.° de Enero de 1850). En 13 de Junio de 1843 fué nombrado gobernador de Madrid, y en 16 de Agosto del mismo año de Barcelona, encargándole además la comandancia general. El ministerio progresista que sustituyó al del regente cayó á los pocos dias, reemplazándole el formado por el general don Ramon María Narvaez, á quien el desembarque en Valencia, y aparente accion de Ardoz, le habian valido el título de duque y el empleo de capitan general. El brigadier don Juan Prim no pudo menos de hallarse en abierta oposicion con el gobierno del duque

de Valencia, oposicion que demostró no admitiendo el cargo de comandante general de Ceuta que aquel le habia conferido.

En 27 de Octubre fué preso y encausado por conspirador, y sentenciado por el consejo de guerra á seis meses de castillo en las islas Marianas. Luego recorrió, por evadir persecuciones, una gran parte de Europa, en cuya peregrinacion forzosa adquirió esquisitos conocimientos, perfeccionándose con el estudio en sus viajes las elevadas ideas que le eran características.

En 20 de Octubre de 1847, fué nombrado capitan general de Puerto-Rico, de cuyo cargo tomó posesion el 8 de Diciembre del mismo año: insurreccionados los esclavos de Santa Cruz, el gobernador de ella suplicó á Prim le diese auxilio para contener la sublevacion de aquella colonia danesa, súplica á que accedió el general Prim, enviando fuerzas para que restableciesen el órden, por cuya causa fué condecorado por el rey de Dinamarca con la gran cruz de Dannebourg, que el gobierno español le autorizó para usar por real órden de 17 de Julio de 1849. Permaneció al frente de la isla hasta el 12 de Setiembre de 1848, que fué relevado, y regresó á la Península.

En el año 1850 volvió á ser elegido diputado, en cuya legislatura no solo dió á conocer sus relevantes cualidades como orador, sino que añadió mas pruebas, á las que ya tenia dadas, de su acentrado patriotismo y amor á las libertades públicas. En 1853 fué nombrado para marchar á estudiar las operaciones de los ejércitos en la guerra de Oriente, y á primeros de Setiembre se incorporó al ejército otomano á las órdenes de Omer-Bajá: así de este general como de todos los demás que componian el ejército aliado, recibió continuadas pruebas de deferencia, teniendo el alto honor de recibir, de manos del mismo sultan, un sable de honor y la condecoracion turca de Medjidie.

Se hallaba en Paris el general Prim, con intencion de pasar á Crimea, cuando ocurrió en España el alzamiento de 1854 contra el gobierno que presidia don Luis Sartorius, conde de San Luis: Prim se trasladó al momento á España, y fué elegido por la capital del Principado diputado de las Córtes Constituyentes. Posteriormente se le nombró capitan general de Granada, y por real órden de 31 de Enero de 1856 fué promovido al empleo de teniente general de los ejércitos nacionales.

Por decreto de 14 de Julio de 1858 fué nombrado nuestro héroe senador del Reino, en cuya alta Cámara juró y tomó asiento, demostrando en ella, como lo habia hecho en la de diputados, su proverbial instruccion y firmeza en sostener las libertades que la nacion habia conquistado. Sentado en la Cámara vitalicia, y puesto á la cabeza del gobierno el Excelentísimo señor conde de Lucena, no podia presumir el general Prim que nuevos laureles militares debian ornar su frente, ya bastante engalanada con los que habia adquirido en su carrera. Alejado del poder el general Narvaez y sus amigos, á quien la nacion miraba con cierta prevencion y aborrecimiento, y sustituido aquel por el general O-Donnell, no era de esperar ni una guerra en el exterior, con cuyas potencias estaba España en la me-

jor armonía, ni nuevas calamidades y trastornos en el interior, respecto á que el gobierno presidido por O-Donnell, habia inaugurado una nueva era, en la que resplandecia la moralidad, la tolerancia y el órden, dones preciosos de que habia carecido el país por espacio de muchos años bajo el poder de la mayor parte de sus antecesores.

TERCERA ÉPOCA.

Guerra con el emperador de Marruecos. —El conde de Reus es nombrado comandante general del ejército de reserva. —Reseña de todas las batallas y acciones en que se halló en la campaña de Africa, hasta su conclusion.

Por largo tiempo habia sufrido la España los insultos que casi diariamente se la hacia por los moros del Riff á la plaza de Melilla, y á pesar de las reiteradas gestiones que se practicaban cerca del emperador de Marruecos para contener los desmanes de sus súbditos, jamás se pudo alcanzar tan justo objeto, si bien es cierto que todos los gobiernos, desde el emperador Carlos I, no habian obrado en este negocio con la energía que reclamaba la honra de una nacion poderosa á quien se ofende. El conde de Lucena, menos sufrido que sus antecedores mas celoso del honor nacional y correspondiendo dignamente á la confianza que en él habia depositado el país y su reina, proyectó escarmentar á los audaces riffeños, haciendo ver á la Europa entera que, levantada España de la postracion á que la habian conducido las discordias civiles, aun era tan grande y poderosa que podia elevar sus pendones desde el principio del Estrecho hasta los confines de Africa: firme en tan noble propósito, declaró solemnemente la guerra al emperador de Marruecos, declaracion que fué acogida con entusiasmo, primero en los Cuerpos colegisladores y despues en la Nacion entera, que, á porfía lo demostró en los cuantiosos donativos que ha hecho, hasta qué grado llega su amor á la gloria y de cuánto se puede esperar de ella bajo la égida un gobierno que desea enaltecerla. Declarada la guerra con el benaplácito de la Nacion, en brevísimos dias se vió, con asombro, en las costas del Mediterráneo el ejército con todo el material de guerra capaz y suficiente para empezar la campaña. Solo el genio militar del conde de Lucena hubiera podido, en tan corto tiempo, allanar las muchísimas dificultades que se ofrecian para proveer al ejército de cuanto era preciso é indispensable para abrir una campaña en un país estraño é inculto, y en que era preciso llevar de España hasta la paja que debia servir de pasto á la caballería y bagajes.

Entre los jefes superiores nombrados para mandar los cuerpos de ejército que iban á entrar en operaciones, lo fué el teniente general conde de Reus, á quien se le confirió el mando de la reserva. Embarcados unos en pos de otros, dieron principio las acciones de guerra, siendo las primeras

las dadas por el general Echagüe, en el Serrallo, en cuyo punto cayó herido. En las del 22, 24, 25 y 30 de Noviembre de 1859, que fueron reñidas y ensangrentadas, tomó una parte la division Prim, y muy influyente en la del 9 de Diciembre. El 12 de dicho mes salió con su division del campamento del Serrallo con objeto de protejer los trabajos del camino que en direcion á Tetuan se estaba construyendo á fin de dar paso á la artilleria: atacada la division por numerosas fuerzas, se trabó una sangrienta lucha, el general Prim ordenó estratégicamente una falsa retirada, dejando emboscada una parte de sus fuerzas: engañados los marroquíes con esta medida, se abalanzan hácia la division; en este estado, carga Prim con la caballería, haciéndoles huir en todas direcciones, dejando el campo sembrado de cadáveres: al lado del bizarro general murió el coronel de artilleria Molins, y fueron herido su ayudante y otro oficial que iba á sus inmediatas órdenes. El general en jefe dijo, al recomendarle por esta jornada: «Si su bizarría y serenidad no fuesen tan conocidas en el ejército, este hecho bastaria para darle el título de valiente y entendido.» El 15 del mismo mes, se renovó el combate. El 17, protegiendo tambien los trabajos del camino de Tetuan, sostuvo otra accion en que rechazó á la morisma, causándole gran pérdida

La simpática figura del general Prim, su demasiada amabilidad, su candorosa franqueza, su escesivo valor y su reconocida pericia, le habian captado el aprecio de todo el ejército de Africa, cuyos soldados se creian invencibles si eran conducidos al combate por el general conde de Reus.

El furioso temporal de lluvia y viento; las enfermedades que diezmaban nuestros batallones, aun mas que el plomo y el hierro del enemigo, y la falta de caminos, y aun de veredas transitables, obligaron á nuestro ejército á estar hasta esta época á la defensiva, no sin haber escarmentado en cien combates la tenacidad salvaje de la morisma, cuyo valor personal no se la puede negar en justicia.

El 1.° de Enero de 1860 empendio del ejército la ofensiva, tomando el general don Juan Prim el mando de la vanguardia: los triunfos en este dia dieron un eterno renombre al bravo catalan, é hicieron conocer al feroz mahometano que las huestes españolas en el reinado de la segunda Isabel, igualaban en esfuerzo y superaban en pericia á las que acaudillaba Isabel la primera; no faltando en ellas generales como los Gonzalos de Córdoba, se probó que, si bien los ejércitos de Isabel la Católica arrojaron de España á la morisma, los de Isabel II llevaban trazas de arrojarla de todo el suelo africano, puesto con sus victorias eran contadas por los dias de combates que sustentaban. Puesto en marcha el ejército en direccion de Tetuan, la division Prim se adelantó hácia los Castillejos, mortificada siempre por el nutrido fuego del enemigo, que, ocupando las gargantas y eminencias del flanco derecho, disputaba con tenacidad al paso de nuestras tropas; el general Prim los fué arrojando de posicion en posicion hasta tomar la casa de Marabut, donde se parapetaron considerables fuerzas, que fueron desalojadas por nuestros valientes, protegidos por los certeros disparos de nuestra artillería: reconcentradas todas las fuerzas árabes en

las mas formidables posiciones, le fué preciso al conde de Reus redoblar el ataque para arrojarlas de ellas; por tres veces la division del bravo conde dominó las mas encumbradas posiciones que tenia el enemigo, y otras tantas tuvo que retroceder y volver á avanzar para recobrarlas: lo sangriento de la lucha aumenta, y las muchas horas que llevaban de combate obligaron al general Prim á disponer que el regimiento de Córdoba dejase las mochilas en un cerro, para que con mas desahogo pudiera continuar la penosa cuanto arriesgada tarea de subir á las cumbres mas elevadas por medio de una nube de fuego y plomo; la morisma se aumentaba á cada momento, como si las breñas donde tenia lugar el sangriento drama abortasen en aquel dia á los hijos del profeta: el general Prim, cargado por numerosas fuerzas, tuvo que apelar á uno de esos recursos que solo saben aplicar los esforzados corazones en las circunstancias mas difíciles y apuradas: las muchas bajas que tenian sus diezmados batallones, el cansancio de los que aun no habian sucumbido y las considerables fuerzas del enemigo, le hacian temer perder las posiciones conquistadas, y aun las mochilas del regimien-



to de Córdoba, cercanas á ser presa de la morisma; en tan críticos momentos, coge la bandera del espresado regimiento, y, volviéndose á él, le

arenga con estas sucintas, pero espresivas frases: «Soldados de Córdoba: en esas mochilas está vuestro honor; venid á recobrarlo: si no, yo voy á morir entre los moros y á dejar en su poder vuestra bandera.» Las elocuentes palabras del general hirieron el esforzado corazon del soldado, que se lanza, como un rayo al enemigo: la bayoneta y la gumía eran las únicas armas que se oian crugir en aquel desesperado combate, en el que, acribillada á balazos la bandera que llevaba en la mano el conde de Reus, y muerto su caballo, fué bastante á dejar que el triunfo mas completo coronase nuestras armas, que se posesionaron, para no volver á perder en las posiciones que por tres veces habian sido disputadas por uno y otro campo. Esta memorable jornada hizo concebir al ejército la aventurada idea de que el general Prim era invencible; y en esta persuasion, que los hechos no han desmentido, han estado siempre los valientes del ejército de Africa. Este continuó avanzando con direccion á Tetuan, venciendo los insuperables obstáculos que se le ofrecian á cada momento, y sin dejar un solo dia de ser hostilizados, aunque débilmente, por el enemigo.

El 3 de Enero practicó un reconocimiento, ocupando el 5 las alturas de la Condesa, y el 6 pasó á campar á las faldas de Montenegron, adelantándose el 7 hasta el rio Capitanes: el 14 del mismo mes, el general Prim, con su cuerpo de ejército, decidió la batalla alcanzada en los montes de Cabo-Negro, arrojando al enemigo de todas sus posiciones con pérdida considerable. El general en jefe decia, en el parte que daba al gobierno, lo siguiente: «El general conde de Reus, con esa bravura que le hace siempre notable, se colocó al frente de sus tropas, y, dirigiéndolas, marchó al enemigo resueltamente.» Y al hacer en el referido parte las recomendaciones que creyó oportunas, añadia: «No obstante, la justicia exije que nombre y coloque en primer lugar al teniente general conde de Reus, que desplegó durante todo el dia tanta inteligencia en dirigir los ataques, como en llevarlos á cabo.» El 23 y 24 de Enero se halló en las acciones que se dieron á las márgenes del rio Guad-Elgelú, en las que demostró, como siempre, su pericia y singular bravura.

El dia 3 de Febrero desembarcó el tren de batir, y al amanecer el 4, dispuso el general en jefe dar la batalla ó formalizar el sitio de Tetuan: esta poblacion se hallaba defendida por 78 piezas de artillería, que se hallaban colocadas en los muros y en la Alcazaba, castillo que la domina, teniendo además en su auxilio el ejército marroquí, que, atrincherado y distribuido en cinco campamentos, se hallaba á los inmediaciones de la plaza. Dada la órden de ataque, el general conde de Reus, con su ejército, fué el primero que rompió la línea enemiga, penetrando en el campamento del príncipe Muley-Abbas, que resistió cuanto pudo el empuje de nuestras invencibles falanjes; mas á pesar de su tenaz resistencia, tuvo que abandonar el campo, dejando en poder de nuestros valientes ocho cañones, 800 tiendas de campaña, el bagaje y otros efectos y pertrechos: esta completa derrota hizo que una comision de Tetuan suplicase al general en jefe tomara posesion de la plaza, en la que ocurrian bastantes desórdenes

perpetrados por los mismos que aun querian defenderla. El general accedió á esta demanda, haciendo su entrada en Tetuan sin oposicion alguna. Posesionada de ella la division del general Rios, acampó el ejército en las afueras, sin que ocurriese cosa notable hasta la sangrienta accion de Guad-Rás, que puso fin á esta gloriosa campaña, en que, escarmentado el indómito africano, no es fácil torne á inferir insultos al pabellon español, que siempre se hizo respetar aun de las naciones mas fuertes.

Despues de la batalla de Guad-Rás, Muley-Abbas, gran califa del imperio y general en jefe de su ejército, se apresuró á pedir la paz, poniendo como bases de ella lo siguiente: primero, dar cuatrocientos millones á España por gastos de guerra; segundo, parte de la Sierra de Bullones, con el Serrallo; dar igualmente el terreno suficiente para seguridad de la plaza de Melilla; garantizar la seguridad de no cometer nuevos insultos á nuestro pabellon; darnos un puerto en sus costas, casi al frente de las Canarias, y abrir á nuestro comercio las puertas como á la nacion mas amiga: estos preliminares fueron firmados por los enviados del emperador y el general en jefe; y este, con parte del ejército, regresó á la Península, dejando la oportuna guarnicion en Tetuan hasta que se llevaran á efecto los tratados.

El conde de Reus, que ya tenia la justísima nota de entendido y esforzado, pues que las dos cualidades las tenia probadas en el Parlamento y en los campos de batalla, aumentó considerablemente su nombradía con los grandes hechos de armas con que se distinguió en la guerra de Africa: el general don Leopoldo O-Donnell, que mandaba el ejército en jefe, y era además ministro de la Guerra y presidente del gabinete, observó muy de cerca el indomable valor y gran pericia del general don Juan Prim, comprendiendo lo mucho que valia y lo mucho que de él podia esperarse, por cuyas relevantes cualidades y distinguidísimos méritos fué nombrado, en 19 de Marzo de 1860, grande de España de primera clase con el título de marqués de los Castillejos, nombre que se dá al sitio donde ocurrió aquella memorable batalla, en la que tantos prodigios de valor hiciera.

El encarnizamiento de los partidos políticos de nuestra España, y los ardientes y aun exagerados deseos de alcanzar el triunfo, han sido causa de que, por algunos, se conceptúe al general Prim como vacilante en sus opiniones; y este injustísimo concepto, aunque de una minoría insignificante, es preciso desvanecer con los hechos, que hablan mas alto que todas las teorías, que dicen mas que todos los artículos, que esplican con mas claridad que los discursos mas floridos y pomposos: los partidos, anhelosos de escalar el poder, han deseado alcanzarlo á toda costa, sin esquivar, á falta de los medios legales y pacíficos, el trance de las armas; y para ello unos y otros han deseado tener de su parte un corazon esforzado que ciñese una espada acreditada en el ejército: la del conde de Reus era, y es sin duda, la mas á propósito para ponerse á la cabeza de las falanges que se obligaren á combatir por el honor y la libertad de la patria; pero si este honor y libertad han sido ultrajados algunas veces, ya en el esterior por alguna potencia enemiga de nuestras glorias, ya por la

opresion y desatentado proceder de alguno de nuestros gobiernos, al general Prim no le ha sido posible hacer otra cosa que sufrir con indignacion la punible indiferencia con que se han mirado los insultos hechos á nuestro pabellon y combatir con energía desde los bancos del Congreso los desmanes, desaciertos é inmoralidad de muchos de nuestros anteriores gobiernos. ¿Y qué tenia que hacer un general ilustrado y de reconocido crédito? ¿Encender una guerra civil por el triunfo de este ó del otro partido? Eso hubiera sido una mostruosidad imperdonable: el general conde de Reus sabe perfectamente que, así como á la causa de la libertad no puede matarla un motin, así tampoco pueden concluir con ella las ambiciosas miras de una pandilla erigida algunas veces en un pigmeo tiranuelo: esas épocas de degradacion y de ignominia que la Nacion ha atrevesado con mas ó menos amargura, y desaparecen por sí solas, y no merecen los honores del hierro y la pólvora para hacerlas desaparecer, se aplastan y desploman á impulsos del descrédito, de la impopularidad de las mismas ideas que las han creado; por eso el general Prim estaba seguro de que la España no puede consentir jamás por mucho tiempo la opresion en que quieran sumirla unos pocos aventureros políticos; este tiempo ha pasado para no volver á reaparecer, y paulatinamente se irán cicatrizando las profundas heridas que el Estado ha recibido de las torpes manos de muchos de sus anteriores gobernantes.

Por lo demás, nos es dispensado el patentizar las convicciones políticas del general Prim: sus discursos en el Congreso y Senado nos las dan á conocer mas que suficientemente, y sus altos hechos, como militar, nos enseñan que las citadas ideas, arraigadas en el corazon de los españoles con caractéres de fuego, no pueden borrarse jamás, ni aun en la tumba.

CUARTA ÉPOCA.

Desembarco del general Prim en Alicante de vuelta de la guerra de Africa. —Su recibimiento. — Nombramiento de ingeniero general. — Entrada triunfal en Madrid con el ejército victorioso.—Es nombrado comandante general de las tropas espedicionarias de Méjico.

Terminada la guerra con el imperio de Marruecos, desembarcó el conde de Reus en Alicante, en cuyo puerto se detuvo pocas horas: en el corto tiempo que permaneció en aquella plaza, fué el objeto principal de todos los obsequios, de todas las conversaciones, de todo el regocijo, pues desde las clases mas elevadas de la sociedad hasta las mas humildes, cor-

rieron al puerto ansiosos de ver y contemplar al héroe que tantas glorias habia dado á la Patria en el suelo africano.

Desembarcó, por fin, el deseado general, y cien mil voces á un mismo tiempo le saludaron con vivas aclamaciones, repitiendo su glorioso nombre desde el embarcadero hasta la llegada á su alojamiento: las hermosas alicantinas repetian los vivas agitando los pañuelos, y tiernas lágrimas surcaban por las sonrosadas mejillas de las bellas contemplando la arrugada faz y tostada frente del esforzado guerrero que tanto habia enaltecido ante la Europa á la madre Patria, á cuyo servicio habia consagrado la vida desde muy niño.

A las pocas horas, el deber imperioso del soldado obligó al general Prim á abandonar á Alicante para trasladarse á Aranjuez, donde residia la córte.

A los pocos dias llegó á ella tambien el duque de Tetuan, general en jefe del ejército de Africa y presidente del Consejo de ministros, quien en uno de sus primeros actos nombró al Excmo. Sr. conde de Reus ingeniero general, ó sea director general de este cuerpo y plazas fortificadas.

No es extraño que el nombre del general don Juan Prim se halle en boca de todas las clases de la sociedad, sin distincion de condicion, sexo ni edades: lo mas extraño es que, el mismo concepto, idéntica nombradía y simpatías iguales haya alcanzado en el campo enemigo: los marroquíes, correspondiendo en esta parte á sus traducciones como guerreros, alaban al caudillo que sembró entre ellos el espanto, lo respetan y aun bendicen, y el mismo Muley-Abbas y los emisarios que venian á parlamento suplicaban á Prim se quitase las placas, pues que podian servir de blanco á la certera puntería de una espingarda; y al despedirse los mismos del general en jefe, le recomendaron con eficacia al general conde de Reus, que es el mas alto honor que se puede hacer á un enemigo tan formidable como lo ha sido el soberbio catalan de las huestes africanas.

Desde Aranjuez, despues de haberse presentado á S. M., se trasladó Prim á Madrid, con el objeto de abrazar á su familia.

Tan luego como el pueblo madrileño tuvo noticia de que el general llegaba, se agolpó al embarcadero del ferro-carril con objeto de saludarle y darle inequívocas pruebas de su aprecio, distincion justamente merecida da á los altos hechos que acababa de practicar en el suelo africano, combatiendo á un enemigo feroz, temerario, valiente y fanatizado, mas por su religion, que amante de su libertad é independencia. Los vítores mas entusiastas y espansivos fueron la señal de que el bravo conde se hallaba á las puertas de Madrid: cien carruajes, y millares de personas que gritaban ¡Viva! ¡¡Viva!! era la comitiva del esforzado caudillo, que se iba aumentando á cada instante considerablemente en el tránsito desde el ferro-carril á su casa. Llegado á esta, en medio de la muchedumbre entusiasmada, tuvo que salir á uno de los balcones para complacer á los que aun no le habian podido ver: dirigió á todos la palabra con esa amabilidad que le hacia tan simpático, aun á sus enemigos, y las vivas aclamaciones

continuaron por muchas horas, no siendo interrumpidas sino por las orquestas, que, con el mismo objeto que el público, festejaban al recien venido con himnos y piezas guerreras. Los numerosos amigos del conde, y se puede asegurar que todo Madrid, apenas le dejaban tiempo para consagrarse á su familia, pues su casa era un verdadero jubileo.

Estos obsequios, hijos del corazon de los leales madrileños, se repetian á todas horas, pues no se notaba el cansancio á pesar de que el general Prim hacia ya algunos dias que se hallaba en la córte.

S. M. la reina manifestó ardientes deseos de ver acampadas á las victoriosas falanjes que regresaban de Africa, queriendo á la vez que el pueblo madrileño disfrutase de ese grandioso espectáculo antes de que las tropas hiciesen su entrada en la capital, para cuyo objeto el general en jefe tenia acantonados en los pueblos circunvecinos la mayor parte de los batallones venidos de Marruecos.

El 10 de Marzo acampó el ejército en la dehesa de Amaniel, á una legua de Madrid. el general en jefe duque de Tetuan, el conde de Reus y los demás generales que hicieron la campaña en Africa, acamparon tambien al frente de sus respectivas divisiones: la poblacion entera se agolpó al campamento con ánsia de abrazar á sus valientes hermanos.

Al dia siguiente revistaron SS. MM. el guerrero campo, y á su presencia se batieron tiendas y se dispuso el ejército á entrar en Madrid.

Desde los mas soberbios palacios, hasta las mas humildes casas, se hallaban engalanados con elegantes colgaduras y multitud de banderas, como si cada dueño disputara al vecino el gusto y la suntuosidad en este festejo. Desde la puerta de Atocha, por la que debian entrar los cuerpos, hasta el real palacio, en que debia ejecutarse el desfile, se hallaba ocupado todo por la inmensa poblacion que esperaba ansiosa la entrada de las tropas.

A la una poco mas ó menos, se hallaba el ejército entrando por el arco triunfal erigido en la citada puerta. A su cabeza venia el Excmo. señor duque de Tetuan, con su estado mayor, á quien durante todo el tránsito se victoreó con entusiasmo; seguia á este cuerpo el del general Echagüe, y despues el del general Prim. Al desfilar este cuerpo, á cuyo cabeza venia el héroe de esta historia, se redobló el entusiasmo, llegando á tal estremo el frenesí de las gentes, que pretendieron conducirle en brazos á él y su caballo hasta las mismas puertas del real alcázar: los vivas y aclamaciones eran continuados, y cien mil bellas, agitando sus blancos pañuelos, saludaban al vencedor de los Castillejos y sus valientes tropas, arrojando por todos los balcones vistosísimas coronas, flores, palomas, tórtolas y pájaros hasta un estremo fabuloso.

Desfiló, por fin, el ejército por medio de la muchedumbre entusiasmada, y despues de este lento desfile, que le fatigó demasiado, marchó á sus cuarteles.

Durante dos noches estuvo la córte iluminada con profusion, suntuosidad y esquisito gusto, no siendo fácil describir ni aun lo mas notable, porser imposible haber visto todo lo que de notable habia: la Casa de la

Villa, Plaza Mayor, ministerio de la Guerra, Banco de España, Crédito Moviliario, y el Casino, eran unos de los edificios que mas se distinguian, compitiendo con ellos las casas de algunos banqueros y las de la grandeza: todas las demás rivalizaban en gusto y elegancia.

El 12 se dió una corrida de toros al ejército, que nada, nada le quedó que desear respecto á la capital de la monarquía, que le recibió y obsequió con un cariño que rayaba en locura.

En 1861 se hallaba, como casi siempre, la República de Mejico en el mas completo desórden, á consecuencia de que una porcion de personajes anhelaban escalar á la presidencia de aquel Estado, cuya deplorable situacion arrastró al gobierno de dicha República á inferir por sí, permitiendo lo hicieran otros, diferentes agravios y no pocos insultos y atropellos á los súbditos ingleses, franceses y españoles que residian en aquellos Estados; cuya desordenada conducta dió márgen á que las tres potencias agraviadas se decidieran á pedir una satisfaccion y la indemnizacion de los daños ocasionados á los individuos de dichas tres naciones; y no siéndoles posible alcanzar ni una ni otra cosa por medios diplomáticos, se vieron en la dolorosa necesidad de mandar un ejército compuesto de tropas de las citadas potencias. Para mandar el nuestro, se nombró al Excelentísimo señor marqués de los Castillejos, reuniendo al mando militar el de ministro plenipotenciario, cuyos nombramientos tuvieron lugar el 13 de Noviembre de 1861.

Embarcado el general Prim con una pequeña parte de las tropas que debian componer el ejército expedicionario, se dirigió á Veracruz, en cuyo punto ya habian desembarcado la mayor parte de las fuerzas que, á las órdenes del general Gaset, habian salido de la Habana con el indicado objeto. A los pocos dias salió con ellas el marqués de los Castillejos, dirigiéndose á Orizaba, punto menos enfermizo que Veracruz, pues que en ella habian sido diezmados los soldados de las tres naciones. Instalados ya en Orizaba el ejército anglo-franco-español, conoció el general Prim que el francés, no solamente queria el desagravio é indemnizacion que habian acordado las tres potencias, sino que iba decidido á variar la forma de gobierno, despojando á Méjico del que tenia y sustituyéndole con un imperio, cuyo jefe debia nombrar Napoleon III.

Tales intenciones no pudieron ménos de herir el amor propio del general don Juan Prim, pues que con ellas se queria hacer un desprecio á España é Inglaterra, que estaban muy distantes de haber ido á aquellas regiones con las solapadas miras que llevaba Francia, las que por dignidad y justicia no debian secundar ni España ni Inglaterra, como así lo hicieron. El marqués de los Castillejos, con la noble franqueza de un soldado, y de un soldado español, hizo presente al general francés, que un imperioso deber de equidad y justicia le obligaba á rechazar los planes de la Francia, toda vez que los ejércitos no habian pisado el territorio mejicano como conquistadores ni para plantear ninguna forma de gobierno para lo que no les asistia el menor derecho: le patentizó además las insuperables dificultades que existian para llevar á cabo el plan trazado

por el emperador de los franceses, y estas mismas observaciones se las hizo al mismo emperador en una carta que le dirigió al efecto; pero ni Napoleon ni su Ministerio se dignaron reflexionar sobre las incontradecibles verdades que les dirigia el general Prim, decidiéndose á llevar á efecto, aunque fuera por sí solos, el desacertado plan de convertir en un Imperio á la República mejicana. Esta obcecacion del Gabinete de las Tullerías, obligó al general Prim á reembarcarse con sus tropas para la Habana, y lo mismo hicieron las inglesas con direccion á su país.

Tan acertada medida no hubiera sido tomada tal vez por otro general, por la dificultad de no ser comun el reunir un mismo hombre el valor, la fuerza de voluntad y el mas esquisito tacto é inteligencia para los asuntos diplomáticos: afortunadamente, el marqués de los Castillejos lo reunia todo, y los hechos vinieron á confirmar poco mas tarde la veracidad de sus presagios, que dieron por resultado la muerte del malogrado príncipe Maximiliano y la total independencia de Méjico.

Napoleon III debió apreciar en el mas alto grado las francas y leales manifestaciones del bizarro y entendido general español; pero desgraciadamente no lo ha hecho así; antes por el contrario, le ha tratado en diferentes ocasiones como pudiera haberlo hecho al mayor enemigo de la Francia y de su dinastía; pero la Europa, el universo entero, mas alto que la Francia y todas sus pretensiones, le hizo justicia consagrándole su respeto y admiracion.

QUINTA ÉPOCA.

Sucesos de la noche del 10 de Abril de 1865.—Sublevaciones del 2 de Enero y 22 de Junio de 1866, y alzamiento en el mes de Agosto del siguiente año, en cuyos acontecimientos tomó parte el general Prim.—Su triunfo en la gloriosa revolucion de Setiembre del año 1868.—Festejos que se hicieron en Madrid.—Intentonas sucesivas de carlistas y republicanos.—La nueva monarquia.—Prim trae á España al Duque de Aosta.—Eleccion del monarca.—Apertura de las Córtes el 15 de Diciembre.—Anuncios lúgubres.—Asesinato del general.—Su muerte

Habiendo terminado de la manera que vá dicha la expedicion á Méjico, el marqués de los Castillejos regresó á España, despues de haber visitado el campamento del ejército norte-americano, que se hallaba en guerra con los Estados del Sur, que se oponian á la abolicion de la esclavitud decretada por la Asamblea.

Como senador del Reino ocupó su puesto en la Cámara vitalicia, no desmintiendo jamás su credo político, que era el progresista, cuya firmeza

de principios la habia ya sustentado en la Cámara popular cuantas veces se sentó en ella como uno de sus representantes; por consecuencia, es innecesario el manifestar que pertenecia á la oposicion que le hacia al Gobierno la minoría progresista, oposicion que se aumentó con la subida al poder del partido moderado, que relevó al general O-Donnell: este partido de violencia, inmoralidad y desconcierto, obligó al progresista y demócrata á retirarse de las urnas electorales, protestando que abrazaban aquella medida por el falseamiento que venia ejerciéndose en cuantas elecciones se verificaban para diputados á Córtes.

El general Prim se retrajo de volver al Senado, como todos sus correligionarios lo habian hecho en uno y otro Cuerpo colegislador: poco despues de adoptar el retraimiento fué desterrado á Austria, de cuyo punto volvió á Madrid, levantado que le fué el destierro.

El 10 de Abril de 1865, siendo ministro el duque de Valencia, Gonzalez Brabo, Arrazola, Orobio, Alcalá Galiano, Seijas Lozano y señor Benavides, hicieron los estudiantes una pacífica demostracion que indicaba el disgusto profundo con que habian recibido la separacion del rector de la Universidad, Sr. Montalban, y la de algunos beneméritos catedráticos: esta manifestacion fué suficiente para que el general Narvaez y su inseparable amigo Gonzalez Brabo, dispusiera que la guardia veterana se derramara por todas las calles de Madrid, sable en mano, y atropellara, hiriera y matara á todo el que encontrase á su paso; cuya bárbara y vandálica órden fué ejecutada al pié de la letra por dicha Guardia, que causó infinidad de víctimas y muchísimos heridos.

Al siguiente dia de este escandaloso acontecimiento se presentó el general Prim en el Senado, demandando el castigo correspondiente para los perpetradores de aquel gran crímen, que no tiene ejemplo en la historia de los pueblos mas salvajes y crueles de todo el universo: su enérgica acusacion y la de otros señores fué desatendida por el Senado, y Prim volvió á su retraimiento, consecuente con lo determinado por su partido; este, unido al demócrata, determinaron concluir de una vez con la tiránica dominacion que venia oprimiendo y aniquilando al país desde el natalicio de doña Isabel de Borbon, con sola la interrupcion de tres ó cuatro años; esta decision de los dos partidos debia llevarla á término el ilustre y bizarro general don Juan Prim, en quien la nacion entera tenia depositada su confianza, segura de que corresponderia dignamente á ella.

Efectivamente, el 2 de Enero de 1866 el marqués de los Castillejos, á la cabeza de los regimientos de caballería Bailen y Calatrava, salió de Aranjuez, pronunciándose contra el gobierno que regia en aquella época, que era el presidido por el general don Leopoldo O-Donnell; pero las muchas fuerzas que estaban comprometidas en aquel patriótico movimiento, faltaron á sus palabras y compromisos, dejándole solo, por cuya causa se vió obligado á guarecerse en Portugal con los expresados cuerpos, de los que no perdió ni un solo hombre, á pesar de ser perseguido sin descanso por mas de ocho columnas: esta marcha por sí sola es suficiente á probar su indisputable pericia, valor y serenidad; cualidades que, reco-

nocidas por los moderados y neos, el solo nombre de don Juan Prim les aterraba y llenaba de espanto hasta un estremo que raya en fabuloso; tanto es así, que en el momento de que Prim llegó á Lisboa, el gobierno de Madrid pidió su extrañamiento de aquel reino, que al fin pudo alcanzar despues de algunos acalorados debates en la Cámara portuguesa. En vista de esta decision, se embarcó para Francia, en cuyo territorio tampoco se le permitió estar, pues el gobierno de Napoleon III recordaba con envidia las predicciones del general Prim respecto al imperio que se quiso fundar en la República mejicana; predicciones que se realizaron, enalteciendo al marqués de los Castillejos y humillando á los consejeros del emperador de los franceses, por cuya causa le arrojaban de su suelo, negándole la hospitalidad que suelen dar aun á los mas criminales. Desde Francia pasó á Bélgica, y tambien de allí fué expulsado, pues el Gabinete de Madrid le tenia miedo aun en los puntos mas lejanos á sus fronteras y costas.

El general Prim querian por lo visto parodiase al judío errante, pues que en ninguna parte se le dejaba parar; pero no por eso enervaban su valor y patriotismo, pues arriesgado cuanto puede arriesgar el hombre, penetró en España, preparando el movimieuto que estalló en Madrid el 22 de Junio del citado año de 1866, á cuya cabeza se puso el bizarro general don Blas Pierrad, no pudiendo llegar Prim por haberse adelantado el movimiento algunos dias, causa por la que se derramó tanta sangre, no sin que hubiera otra y otras que contribuyeran al desastroso fin que tuvo aquel alzamiento.

En el mes de Agosto del siguiente año, ó sea el de 1867, tornaron á entrar en España los emigrados bajo las órdenes del los generales Prim, Contreras, Pierrad y La Torre, dirigiéndose el primero á Valencia, en cuya capital no les fué posible entrar, porque los comprometidos que en ella habia, y con los que contaba, faltaron tambien, viéndose por consecuencia precisado á situarse á la falda del Pirineo; desde este punto dió las oportunas órdenes para concentrar las fuerzas que operaban en Aragon y Cataluña á las órdenes de los generales Pierrad, Contreras, y de los coroneles Baldrich y Moriones, cuyo movimiento no pudieron practicar por las muchísimas columnas del gobierno que imposibilitaban esta operacion.

El marqués de los Castillejos habia observado con profundo sentimiento que los movimientos verificados el 2 de Enero y 22 de Junio del año 66 no habian sido secundados por ninguno de los que en ellos se habian comprometido, razon por la que las demás provincias habian permanecido en el mayor quietismo esperando los resultados de dicho movimiento, que no podian ser otros que los de ser desbaratados, en consideracion al aislamiento en que se les dejaba, ocasionando por él el que todas las fuerzas del ejército cargasen sobre el punto sublevado ahogándolo en breves dias: esta fatalidad ha presidido siempre en cuantos alzamientos se han hecho en sentido liberal, pues de haberse verificado simultáneamente, hace algunos años que se hubiera arrojado del suelo español á los miserable tiranuelos que le han oprimido y aniquilado.

El general Prim, á la vista de la quietud que observaban las demás

provincias, dió órden para que las fuerzas sublevadas en Aragon y Cataluña pasasen el Pirineo, cuyo movimiento practicaron por medio de innumerables peligros, fatigas y privaciones, retirándose el general Prim á Inglaterra, desde cuyo punto ideaba poder realizar sus planes y deseos.

El Ministerio presidido por el duque de Valencia, y á su muerte sustituido por don Luis Gonzalez Brabo, se habia echado abiertamente en brazos de los neos y absolutistas, y en la mas perfecta union marchaban de acuerdo para restablecer en toda su fuerza y vigor el sistema que habia seguido Fernando VII y su primer ministro don Judas Tadeo de Calomarde: conocido este descabellado pensamiento por todos los liberales, y recordando los desastrosos reinados de la casa de Borbon, á quien habia dejado muy atrás doña Isabel II, acordaron unirse estrechamente para concluir de una vez con su cetro de hierro y con su dinastía.

El general don Juan Prim se presentó en la bahía de Cádiz el 17 de Setiembre de 1868, y de acuerdo con el valiente y entendido jefe de escuadra Sr. Topete, intimaron al general gobernador de la plaza su rendicion, la que se verificó, pues la poblacion entera con la guarnicion se pronunciaron en favor de la causa popular, victoreando al general Prim, al señor Topete y á la Soberanía de la Nacion. Dos dias despues llegaron de Canarias los generales don Francisco Serrano y Dominguez, Caballero de Rodas, Serrano Bedoya y don Domingo Dulce. Sevilla, con el general Izquierdo á la cabeza, secundó instantáneamente el alzamiento de Cádiz, y toda la marina y cuerpos del ejército que guarnecian aquel distrito se unieron con entusiasmo al glorioso alzamiento nacional. El infatigable general Prim se dirigió á Ceuta, que se pronunció al momento de divisarle sobre la cubierta del buque que le conducia; lo mismo hicieron Málaga, Cartagena y Alicante, en cuyos puntos se presentó igualmente, dirigiéndose despues á Barcelona, Lérida y Zaragoza, cuyas capitales con las tropas que en ellas habia se habian igualmente pronunciado; debiendo caberle la satisfaccion al marqués de los Castillejos de haber hecho en una semana más de lo que otro cualquiera pudiera haber practicado en muchos meses. ¡Tal era su gran prestigio! ¡Tal su bien merecida nombradia!

Mientras el general Prim en continuado triunfo recorria con rapidez las mas importantes poblaciones de la Nacion, el capitan general duque de la Torre organizaba con la misma rapidez un pequeño ejército, fuerte de siete mil hombres de todas armas, con cuyas fuerzas se adelantó hasta Córdoba, con objeto de cortar el paso al marqués de Novaliches, que con diez mil hombres se dirigia á batirle, hallándose ya en el Carpio: el duque de la Torre lo esperó en el puente de Alcolea, situado entre el Carpio y Córdoba, y en aquel mismo sitio se dió la gran batalla que dió por resultado el glorioso triunfo de la revolucion y la caida de los Borbones y de los titulados moderados.

Al traslucir Madrid la victoria alcanzada por el duque de la Torre, se alzó como un solo hombre proclamando la Soberanía Nacional y la destitucion de los Borbones: el capitan general, don Manuel de la Concha, no se opuso á esta demostracion, disponiendo retirar las tropas á los cuarteles

con objeto de que el pueblo obrase con toda libertad; este formó su Junta, nombrada por sufragio universal, la que dispuso se abriera el parque para que se proveyesen de armas y municiones los muchos patriotas que lo solicitaban, cuyo número no bajaba de cuarenta mil hombres.

La poblacion se colgó é iluminó con el mayor gusto y profusion, pero tan rápida y espontáneamente, que se duda si aún retumbaba el eco del cañon en Alcolea, cuando ya Madrid, embriagado de júbilo, engalanaba sus balcones con lujosas colgaduras y bellísimas banderas. El nombre de Prim resonaba en todas partes; por do quiera se dejaban oir entusiasmados vivas al héroe de los Castillejos, y no habia calle que en sus arcos triunfales no se dejara ver una inscripcion con el nombre del gran caudillo á quien todos esperaban con ánsia.

¡El dia 7 de Octubre llegó á Madrid el general Prim, á quien salieron á recbir unas veinte mil almas, hallándose además atestadas las calles, plazas, balcones, y aun azoteas, de los puntos por donde debia pasar. El describir el entusiasmo con que fué recibido, seria obra de ocupar un grueso volúmen; por tanto solo diremos que fué recibido con el entusiasmo mayor que el que puede haber ocasionado el mas glorioso conquistador ó el héroe de mas fortuna.

Las funciones que se hicieron á su llegada fueron las mas suntuosas que ha presenciado la España, y el gran cariño y respeto que se le tenia no lo ha merecido jamás ningun soberano del mundo.

Los continuados desaciertos de la ex-reina, y la ominosa dominacion de los moderados, contribuyeron acaso mas que los eminentes servicios del general á que se le hiciera un recibimiento como jamás presenció España al recibir á sus muchos héroes despues de las continuadas victorias y fabulosas conquistas con que en diferentes épocas asombraron al universo.

El reinado de doña Isabel de Borbon con la pandilla moderada, habia sido una penosísima y no interrumpida série de desastres: sangre, inmoralidad, despilfarro y todo linaje de crímenes.

España, atónita, contemplaba con horror aquel trono que ansiaba ver desaparecer para que desapareciera á la vez la mas cruel de las tiranías, para que, al ser arrojado de él la ingrata doña Isabel de Borbon, recobrara el país su dignidad mancillada una y mil veces por aquella señora y sus traidores consejeros.

El general don Juan Prim, despreciando su brillante posicion social, y arriesgando su cabeza, habia dado el grito santo de libertad que tanto ansiaba la Nacion, y despues de correr innumerables peligros y practicar todo género de sacrificios, habia alcanzado al fin el triunfo de la mas justa de las causas.

¿Qué extraño es, pues, el entusiasmado recibimiento que se le hizo como á libertador de una calamidad que pesaba sobre la Patria como una losa de plomo?

Nada, nada de extraño tienen las altas distinciones con que se consideraba al Marqués de los Castillejos, pues contribuyó como el que mas

á hacer de una Nacion empobrecida, tiranizada y esclava, un pueblo grande, libre y generoso como siempre, á quien la Europa contempla con asombro é interés.

En medio de la general alegría se nombró el gobierno Provisional, que lo compusieron don Francisco Serrano y Dominguez, don Juan Prim, don Práxedes Mateo Sagasta, don Juan Bautista Topete, don Laureano Figuerola, don Juan Alvarez de Lorenzana, don Antonio Romero Ortiz, don Manuel Ruiz Zorrilla y don Adelardo Lopez de Ayala.

Reunidas las Córtes Constituyentes, nombraron regente del Reino al capitan general don Francisco Serrano y Dominguez, quedando el mismo Ministerio, que sufrió algunas modificaciones, pero siempre bajo la base de Prim como presidente del Gabinete con la cartera de Guerra.

Durante su Ministerio se alzaron en algunas provincias numerosas partidas de carlistas, y poco mas tarde de republicanos federales.

A unos y otros supo vencer el general Prim en un cortísimo período, sin apenas derramar sangre, y con pocos dispendios.

Pero no bastaba el triunfo sobre los otros partidos en armas para consolidar la obra de la revolucion. Despues del movimiento republicano del 69, el general Prim pensó poner término á la interinidad por medio de la eleccion de un monarca. En efecto, en Setiembre del 69 dijo Prim que la cuestion de candidatura del trono era lo principal.

Por esta época y mientras se buscaba en el extranjero un príncipe de dotes elevadas que fuese digno de sentarse en el trono español, se hablo con insistencia de que se habia atentado á la vida del general en una estacion de ferro-carril extranjera. Pero en el ánimo esforzado de este caudillo, esto no era más que un incidente sin importancia, y siguió su obra de proclamar una monarquía democrática en contra de las mas rudas oposiciones.

Venciólas á todas con estremada habilidad el general Prim, y habiendo encontrado en el hijo segundo del rey Victor Manuel, el duque de Aosta, la persona mas digna para llevar á cabo sus pensamientos, mandó al marqués de Montemar á Florencia y preparó la votacion del monarca, la cual tuvo lugar el 16 de Noviembre de 1870.

Salió elegido D. Amadeo I de Saboya por 191 votos, y los partidos contrarios á esta candidatura, se dispusieron á luchar contra ella y contra el general Prim que habia levantado el trono de la moderna España.

Como aviso de los futuros acontecimientos, el periódico *La Federacion Española*, decia el 13 de Diciembre de 1870, «que circulaban rumores alarmantes de nuevos y más grandes atentados, *por cierta agrupacion de hombres de todos conocida.*»

Pero si el gobierno fijó la atencion en esto fué dándole poca importancia. Mientras tanto habia salido una comision de las Córtes Constituyentes para ofrecer la corona de España á Don Amadeo y traerlo á nuestro país. Las Córtes reanudaron sus tareas el 15 de Diciembre, y desde el primer momento se vió que las oposiciones, ciegas y despechadas con el desenlace político de la nueva monarquía, intentaban oponer obstáculos á la próxima llegada del nuevo rey. Pero el general Prim triunfó de aquella ruda oposi-

cion, la cual puede juzgarse por lo que decia *El Combate* al grito de viva la república federal, el 25 de Diciembre, bajo la direccion de D. José Paul y Angulo, y bajo la redaccion de los Sres. Ramon Cala, José Guisasola, Francisco Córdoba Lopez, Francisco Rispa y Perpiñá, y Federico Cárlos Beltran.

Hé aquí cómo se expresaba dicho periódico:

. . . .

«Una mayoría constituyente facciosa, prostituida y encenagada hasta la hediondez mas repugnante, votó en la madrugada de ayer su deshonra y la de la nacion española, maniatando traidoramente su soberanía á la espuela del *dictador Don Juan Prim*. El golpe de Estado es ya un hecho; es la declaracion de guerra proclamada parlamentariamente por un gobierno usurpador, que cínica é impúdicamente conculca la ley, pisotea el derecho, arrastra la libertad y barrena la Constitucion.»

. . . .

«Ciudadanos españoles: la patria está en peligro. Cuando el tirano extranjero coloque su inmunda planta en tierra española, que esta afrenta sea para todos la señal de exclamar con el coraje de los pueblos ultrajados:

¡Al combate!

¡Abajo lo existente!

¡Viva el ejército español honrado!

¡Viva la soberanía nacional!

¡Viva la revolucion!»

Esto se publicaba el 25 de Diciembre y el 27, en la tarde tuvo lugar este terrible y sangriento drama:

Al retirarse el general Prim del Congreso al terminar la sesion de aquella tarde fué asaltado su coche en la calle del Turco por varios asesinos que estaban, segun se dice, ocultos en dos berlinas de plaza situadas en la misma calle, en opuesta direccion y casi juntas como para impedir el paso al coche que conducia al general.

Los asesinos dispararon ocho tiros apuntando á quemaropa al general Prim y su ayudante Sr. Nandin. El general Prim fué herido de dos balazos en el antebrazo izquierdo y en la mano derecha, de la cual hubo necesidad de amputarle un dedo.

En los primeros momentos se dijo que la herida era leve; pero pronto se supo por todo Madrid la catástrofe, y que no habia remedio para el ilustre general Prim. En efecto, despues de dos dias de mortal ansiedad, el caudillo de los Castillejos, dominado por una congestion irresistible, sucumbió á las cinco y cuarenta y cinco minutos de la tarde del 30 de Diciembre, víctima de los partidos, y fundador de una dinastía nueva que pasó como un relámpago.

Prim fué depositado en la basílica de Atocha, y allí le visitó el nuevo monarca que con tan tristes y siniestros auspicios entraba en España.

Hoy la obra del general Prim no existe. Queda solo su ilustre cadáver como un recuerdo de sus hechos esclarecidos.

FIN.